

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO DECIMOS INTELIGENCIA

Educar es preguntarse constantemente. Tocar con los dedos los lindes de nuestro marco de pensamiento. Agrandar la mirada acogiendo aquello que nos resuena. Abandonar los conceptos caducos, cuando la evidencia los talla desde sus raíces.

¿Qué centralidad le damos a una conceptualización estrecha de la inteligencia?

Ya hace 40 años que Gardner acuñó las inteligencias múltiples, rompiendo con un modelo homogeneizador y abriendo una grieta en el pensamiento único.

Hay un mundo inmenso más allá de la capacidad memorística y la brillantez académica.

Las inteligencias interpersonal e intrapersonal son elementos fundamentales en la vida y pasan tan desapercibidas como la inteligencia naturalista; todas estas sabidurías apuntan a la capacidad que tenemos para relacionarnos con el entorno y con nosotros/as mismos/as desde una perspectiva amplia. No parece casual este ninguneo.

Cuando sólo vemos inteligencia en quienes lo entienden todo a la primera, dejamos fuera toda la grandeza que existe en la capacidad de razonamiento, en la inteligencia lógico-matemática, que abarca un horizonte mucho más rico que un 10 en el examen de fracciones.

Las artes son parientes de máxima cercanía de la inteligencia espacial y musical y suelen copar las zonas bajas del ranking de valoración cuando, con asombro, decimos ¡Qué inteligente es esta criatura! Sin embargo, cuánta felicidad nos inunda ante un cuadro o cuando las melodías nos trasladan directamente a un momento concreto de nuestra vida, en un viaje que no necesita billetes.

Cuando proponemos una exposición oral estamos abonando la tierra para que aflore la inteligencia lingüística, ese don de la palabra que hunde sus raíces en lo puramente humano.

No podemos dejar de lado el cuerpo dentro de la escuela. La inteligencia corporal y cinestésica que permite vehicular las emociones a través de lo que somos, el cuerpo que habitamos, no puede quedarse en una especie de juego que consiste en hacer "como si" sólo fuéramos mente. Es un teatro perverso que deja la escena sin personajes, sin presencia.

Cuando decimos inteligencia, ¿estamos abarcando toda la potencialidad humana o estamos haciendo una metonimia basada en tomar el cociente intelectual como un todo? Educar es preguntarse.